

PUNTOS DE SUSCRICION.

BARCELONA.—D. JUAN VAZQUEZ,
Rambla del Centro, núm. 31
MADRID.—LIBRERÍA DE MOYA Y PLAZA,
Carretas, 8.
HIJOS DE PELEGRINI,
Caballero de Gracia, 17
RESTO DE ESPAÑA.—PRINCIPALES
LIBRERÍAS.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid y Barcelona:
12 NÚMEROS, 12 RS.
En el resto de España:
14 REALES 12 NÚMEROS.
Ultramar, Francia é Italia,
40 REALES 24 NÚMEROS.
Números sueltos:
SEGUN LOS GUSTOS Y SEGUN LOS GASTOS



Se publica una vez á la semana,

NÚMERO 68.

25 de Diciembre de 1870.

CORRESPONDENCIA:

A D. JUAN VAZQUEZ,
Rambla del Centro, 31, Barcelona.

¡POR AQUÍ! ¡POR AQUÍ!

¡Válgame Dios! Es mucha la desgracia de nuestro gobierno!

Como el Judío errante, está condenado á nunca descansar.

Cuando tenia elegido rey, y este habia aceptado, y su padre le habia dado el competente permiso, y hasta la Santísima Trinidad se habia prestado á intervenir en la felicidad de los españoles; surge de improviso una cuestion nueva, y el gobierno cae en otra cuenta difícil de resolver.

Es el caso que, entusiasmada España con el futuro monarca, pretenden los pueblos todos tener el honor de ser los primeros en doblar la rodilla ante el concebido de D. Juan, y de aquí la dificultad de elegir el punto por donde el duque de Aosta haga su entrada en la monarquía que la Santísima Trinidad le ha deparado.

He aquí otro de los inconvenientes de ser grande hombre.

Veinte pueblos se disputan la honra de ser patria de Homero.

Y ahí es nada lo que viene sucediendo en todos los pueblos de la provincia de Barcelona, desde que la Diputación le ha declarado su hijo adoptivo. ¡Patria honoraria de D. Nicolás María!... ¡Flogito título!

Volviendo, empero, al duque y al gobierno.

¿Por dónde pisará tierra española nuestro amadísimo señor? Aquí está la cuestión.

Unos pueblos alegan para la preferencia su entusiasmo por la solución austriaca. A mano tenemos la Gaceta, llena todos los días de felicitaciones espontáneas de otros tantos lugares españoles, dispuestos á hacer á D. Amadeo una entrada que haga olvidar la de Jerusalén.

La única dificultad para el gobierno consiste en que, al ir en busca de esos pueblos en el mapa de la península, se encuentra con que la importancia de su inmensa mayoría ha hecho prescindir de ellos á los geógrafos, sin duda por considerarlos dignos de mapa aparte.

Otras poblaciones solicitan la consabida honra trazando de antemano el tentador programa de festejos con que piensan rodear al soberano, entre los cuales figura un simulacro de insurrección carlista, tan bien ensayado que hasta el gobierno mismo ha tragado el anzuelo é incurrido en la debilidad de organizar columnas volantes que destruyan esas manifestaciones de infantil alegría.

No son pocas las ciudades en que, temiendo que la simple voz humana sea insuficiente para expresar los sentimientos entusiastas de sus moradores, se ha apelado al imperioso recurso de fabricar ciertos instrumentos de madera, que llevados á los labios producen un sonido agudo, chillón, dilatado, que al parecer hace ¡Pif...ia!... pero que real y positivamente significa: ¡Viva el rey!

En semejantes dudas, el gobierno, temiendo desairar á tanto pueblo, habia pensado en hacer venir al monarca en *vallon monté*; pero S. A. no juzga prudente confiar su futura magestad á un elemento tan inconstante como el viento, y sobre todo el viento reinante en España.

Al fin y al cabo la cuestión se ha ido estrechando y queda reducida á Cartagena ó Barcelona.

Lo natural seria lo último; pero lo natural es muy vulgar, muy comun, muy impropio de la venida de un rey. Un rey no es un cualquiera, y por lo mismo no puede hacer las cosas como un cualquiera las haria.

De lo cual resulta que D. Amadeo desembarcará en Cartagena.

Estraño se le ha de hacer al principe almirante el

puerto escogido para este caso; pero hágase cuenta de que el gobierno trata de evitarle emociones violentas, á cuyo electo tiene encargado á unos cuantos regimientos contener 'el cariño cartagenero'. Calma, calma necesita España.... Desembarque S. A. en Cartagena, y sea el parabien á los obreros del arsenal, que con cuatro vivas se pondrán al corriente de sus pagas.

REVISTA DE MADRID.

¿Qué es lo que pasa en Madrid?
¿En Madrid?... apenas nada,
á no ser los mil apuros
que el pobre gobierno *pasa*.

Quiere que *pase* su rey,
porque teme que *pasada*
la proporción del momento,
quede el rey hecho una *pasa*.

Y es un *paso* tan pesado
el que ha de dar su italiana
Magestad, *pasando* el trecho
que de Madrid la separa!!

¿Por dónde puede *pasar*
sin que le *pasen* las ganas
de *pasar* de duque á rey,
pasando de Italia á España?

¿A qué muelle *pasará*
desde su régia fragata,
sin que sus *hijos* le jueguen
alguna mala *pasada*?

«Pese á quien pese que *pase*»
grita Prim, y todos callan,
y para salir del *paso*
por todo las Cortes *pasan*.

Pasan por firmar sumisas
autorizaciones lantás,
que hasta se pasan en Rusia
de lo que en España pasa.
Pasan... ¿Pero á qué cansarme
pasando revista lata
de lo que pasa, si todo
se hallará en la historia magna
Que ahora *pasa* á continuar,
cumpliendo así mi palabra?
Pues debo unas *aleluyas*,
cuenten ellas lo que *pasa*.

ALELUYAS DEL DUQUE DE AOSTA.

SECUNDA PARTE.

- 1 Se halla al fin la comision
vis a vis de su patron.
- 2 Señalando al *galantuomo*,
grita Montemar: ¡¡*Ecce homo!*!
- 3 Dicen uno, ó dos ó tres:
«Zambomba... y que feo es!»
- 4 Lo oye Montemar y exclama:
«*Ya vereis á la madama.*»
- 5 Zorrilla se mece ufano
porque ¡¡*el rey!*!... *le dá la mano.*
- 6 Para que dure el tufillo
se la mete en el bolsillo.
- 7 Todos los otros la dan
al señor de Carignan.
- 8 Para gentes de su casta
mano de príncipe basta.
- 9 Despues de tanta emocion,
se abre por fin la sesion.
- 10 Lee el ministro de Estado
un documento pesado.
- 11 Dice el rey á los cofrades
dos ó tres vulgaridades.
- 12 Zorrilla, tras un descanso,
habla por boca de ganso.
- 13 Pronuncia el duque *elegido*
el discurso que ha aprendido.
- 14 «Tan jóven—dice un murciano—
«y ya sabe el italiano!»
- 15 Grita el coro en do de pecho:
¡¡*ai es un talento deshecho!*!
- 16 Al terminarse la homilia
se quedan como en familia.
- 17 Toman ancianos y pollos
un chocolate con bollos.
- 18 Dice el rey á un unionero:
«*acérquese osté... zalero.*»
- 19 Ulloa... un tanto escamado,
se aproxima *con cuidado*.
- 20 Y va diciendo entre sí:
«*¿qué querrá Víctor de mí?*»
- 21 Los Persis y los Zorrillas,
se tiran de las patillas.
- 22 La fortuna de su *aliado*
les huele á cuerno quemado.
- 23 Apáganse al fin las luces
y salen los avestruces.
- 24 Vanse a Turin enseguida
á ver á la *real parida*.
- 25 Llegan, son introducidos;
y se quedan aturdidos.
- 26 «Esto es—dicen—voto á tal,
harina de otro costal.»
- 27 Todos con ciego transporte
le empiezan á hacer la corte:

- 28 Dice ella, frunciendo el ceño:
«*Non capisco il madrigale.*»
- 29 Dice un jaque con voz tierna:
«en quién cayese ¡la cisterna!»
- 30 Y contesta otro buen mozo:
«me conformo con el pozo»
- 31 Rendido ya el vasallage,
otra vez se habla de viaje.
- 32 Aunque está la Francia en guerra,
prefieren volver por tierra.
- 33 Dejando allí sus amores,
se alejan los pescadores.
- 34 Solo quedan ocho ó diez
para que traigan el pez.
- 35 Llegan á España lloviendo
y el entusiasmo es *tremendo*.
- 36 De la noche á la mañana
el *pez* se convierte en *rana*.
- 37 Clama con furia el novicio
por las *gangas del oficio*.
- 38 Pero en Madrid por lo visto
se armó la de Dios es Cristo.
- 39 Lucen las oposiciones
sus excelentes pulmones.
- 40 Decide D. Juan Primero
que se cierre el gallinero.
- 41 Con *liberal* intencion
pide una autorizacion.
- 42 Al saber tal felonía
se marcha la minoría.
- 43 Todo el país, indignado,
protesta del atentado.
- 44 Para el gobierno no hay ley;
antes que todo es... *su rey*.
- 45 Como el rey es extranjero,
hay que hacerle entrar primero.
- 46 Cada cual dice en su casa:
«Lo que es por aquí no pasa.»
- 47 Causa sorpresa en verdad
tanta popularidad.
- 48 Cumpla ¡oh rey! con avisarte...
—Fin de la segunda parte.

Paréceme que un apéndice á manera de epílogo
será lo suficiente para dar por terminada mi prodigio-
sa historia.

Quiera la suerte que el epílogo sea del género có-
mico.

Siempre me han cargado las tragedias.

CULEBRAS Y CULEBRONES.

¿Qué sesion, señores, qué sesion!
Figúrense Vds. que el gobierno...
Pero, ¿qué gobierno ni que ocho cuartos!... ¿Dón-
de estaba el gobierno en esa sesion?...
Por su parte, el presidente...
Bueno estaba el presidente en ese día... Si las cór-
tes tuvieran presidente ¿creen Vds. posible que se
diesen semejantes espectáculos?
La mayoría vociferando.
La minoría protestando.
El público abullando.
Y España llorando á moco tendido... de vergüenza.
Por un lado Romero Robledo aspirando á ministro,
merced á un discurso que nadie queria oír.
Ruiz Zorrilla y su campana, perdidos completa-
mente en aquel océano azulado por las imprudencias
progresistas.
Rios Rosas declamando como un condenado.
Topeto gesticulando como un energúmeno.
Figueras tronando como Júpiter.
Moret, olvidándose por un momento de enamorarse
á sí mismo.

D. Juan, desconcertado, Sagasta corrido, Rivero á
punto de correr...

¿Qué sesion! ¿qué sesion! ¿qué sesion!!

Pero, vamos á ver, ¿de qué se trataba?

Difícil era sacarlo en limpio. Parece (por lo que
despues se ha visto) que la causa de todo se redujo á
que el Sr. Romero Robledo pretendió demostrar á la
Cámara que bien pudiera España haberse trasladado
á Rusia, sin que los españoles se apercibiesen de ello.

En cuya opinion abundaba el gobierno, que derribó
á la dinastía por anti-constitucional.

Y el éxito habia sido de antemano asegurado por
el jóven D. Manuel, que de fijo hubiera querido tro-
car la campana presidencial por un cañon Krup.

La proposicion causante del escándalo se reducía,
poco mas ó menos, á lo siguiente:

«Las Constituyentes ceden al gobierno su sobera-
nía por título de venta á carta de gracia, comprometiéndose á pegarse un tiro el treinta de los corrientes,
si por todo aquel día no han tenido la suerte de
que el Señor les mandase un tabardillo.»

Nada, una mania suicida, una inglesada...

Pero, D. Nicolás María Rivero es el radical autor
de los derechos individuales, y no puede consentir
que se prive á los diputados de la facultad de dejar
el campo espedito al gobierno.

Objetan algunos bobalicones que esta exigencia
ministerial deja muy atrás á las célebres autorizacio-
nes de los unionistas y á las encerronas parlamenta-
rias de los últimos moderados...

¿Y qué?... Todo esto podria suponer á lo sumo que
al lado de D. Juan eran niños de leta D. Leopoldo y
el mismito Gonzalez Bravo.

¿Nada mas que eso?... Pues concedido, y paso re-
doblado.

¿Si creerán Vds. que por tan poca cosa se muere
un progresista?

Adelante, D. Juan. La proposicion fué votada; V. es
un grande hombre, y Romero Robledo ha ganado le-
almente la cartera de Ultramar.

Pensábamos dedicar algunas consideraciones
á los acontecimientos de la última epidemia,
cuando nos hemos encontrado el trabajo hecho,
gracias á un buen amigo y elegante escritor,
que en forma de cartas está terminando una
obra notable, de la cual nos ha permitido dar
á la estampa el capítulo ó carta que inserta-
mos á continuacion. Nuestro *Demócrata* pone el
dedo en la llaga, y en forma culta y lijera tra-
za un bien acabado cuadro, digno de ser ofre-
cido á la consideracion de nuestros lectores.

Cima del Monseny 30 de Octubre de 1870.

Aquí me tienes en estas hospitalarias alturas, arrima-
do á las nubes, en compañía de un médico y dos sa-
cerdotes. Diga lo que le plazca la gente, al fin y al cabo
estos señores tienen su alma en su cuerpo, y Dios no
les ha concedido la ganga de la vida para que la derro-
chen así como quiera. La vida, singularmente para
quien hace oficio de consagrarla al bien de sus seme-
jantes, se ha de reservar para las grandes ocasiones; y
francamente eso de una epidemia, enfermedad cobarde y
de baja talla que tira la piedra y esconde la mano, no
merece la pena ni siquiera de mirarla á la cara.

Es el caso, mi inolvidable Heráclito, que hace unos
dos meses se ha declarado en Barcelona la fiebre ama-
rilla, cuya enfermedad, por quitarle el color, (que, en
punto á colores, bastantes ocasiones ofrecen las epide-
mias en que debieran todos los del iris salir al rostro,) la han dado en llamarla *tifus icterodes*, nombre por otra
parte altisonante y que huele mas á ciencia que el otro;
y la mitad de la poblacion ha puesto piés en polvorosa.

¿Y qué habia de hacer yo, pecador de mí? Asomar la
nariz esa mosqueadora fiebre amarilla... digo, *tifus ictero-*
des, y empezar á alborotarse y desbandarse el vecinda-
rio, todo fué uno. Y marchándose la gente, (sin distin-
cion de clases ni partidos,) limpia de huéspedes mi ca-
sa, con el alma en los dientes mis dos curas, haciendo
de las tripas corazon el médico, prófuga mi patrona,
escurridizos los criados, sin una sola dama de garbo los
paseos, silenciosos los cafés, mudos los teatros, atran-
cadas las tiendas, las calles un cementerio, descorazo-
nado en fin yo propio en medio de tanto temblar, y
correr, y despedirse y huir; no me quedaba mas re-
curso que hacer como los demás: espantarme y mar-
char. A la verdad, le tengo tal apego á esta segunda
vida, que desearia alargarla como la primera, hasta cum-
plidos mis ciento y nueve abriles; porque en cuanto á

resucitar una segunda vez me parece que nequaquam.

Afortunadamente la fiebre amarilla (francamente no puedo con la otra denominación) tiene la urbanidad de no habérselas sino con los que viven en las inmediaciones del mar. A sesenta ó setenta metros sobre el nivel del mismo (ya ves como sigo rindiendo culto á este adorable adjetivo mismo, que es la niña de los ojos de mi pluma) te hallas al abrigo del pestilente hálito de la enfermedad homicida. Como tratándose de precauciones por no aventurar el pellejo á un chasco desagradable, es mejor pecar por carta de mas que por carta de menos. Dios me tocó en el corazón, y en vez de contentarme con subir sesenta metros, me he encaramado al mas empinado monte de Cataluña, que mide cerca de dos mil.

Por lo demás no puedes figurarte el tumultuoso espectáculo que durante muchos días consecutivos presentó Barcelona bajo la impresión del terror. Desde luego varias personas pertenecientes (sin duda por equivocación) al sexo masculino, apenas estalló en sus oídos, como el estampido de una bomba que revienta, la terrible frase fiebre amarilla, — ¡piernas, socorro! que el enemigo asalta la plaza—y sin tener tiempo de cojer una camisa, dando un tierno apretón de mano á su mujer y á sus hijas (no se atreven á darles un beso) echan á correr bajando en dos zancadas la escalera de su casa. Por la calle volaban á cada paso la cabeza por ver si les seguía el alcance la horrible guadaña de la enfermedad. Algunos, helados de espanto, y dando diente con diente, en la estación de Barcelona á Valencia piden billete para Zaragoza y viceversa. En otra estación un fulano, cubierto de sudor y jadeando, «un billete» esclama atropelladamente. — ¿Para dónde? le pregunta el empleado. — Para donde V. quiera, responde el atribulado viajero; y al satisfacer el importe del billete (al fin se decidiría para algun punto), deposita en la ventanilla un cartucho de piezas de á dos cuartos por valor de una peseta que había cogido en su escritorio, creyendo meterse en el bolsillo un rollo de doblones de á cien reales.

Entre tanto, millares de habitantes, menos impacientes, ó quizá temerosos del que dirán, no teniendo el valor del miedo de sus intrépidos compañeros de vanguardia, van desfilando con aparente serenidad y sosiego. Corren en distintas direcciones, atronando las calles vehículos de todas clases, llevándose los unos á la familia entera con el papagayo, el canario, el perro faldero, y coronada de colchones y baules aquella arca de Noé de cuatro ruedas; y atestados los otros de toda clase de muebles, inmensa balumba, todo allí desordenadamente metido y apiñado, indicio claro de la precipitación de la marcha.

En medio de tal desconcierto y de esa universal escapatoria, mas de una criada sale al balcon dando desaforadas voces, porque en su desatentada fuga los perniciosos señores la han dejado encerrada en el piso; y centenares de animales domésticos se quedan asimismo abandonados en las solitarias habitaciones: los perros y gatos, gañando y maullando lastimeramente al verse desamparados y sin alimento; y los canarios, pájaros y otras aves caseras entonando himnos de alabanza á la compasión de sus amos y deseándoles feliz viaje, al dar ellos el postrer adiós á la vida que el hambre desapiadada les arrebatara.

No parecía sino que hubiese sonado la trompeta del juicio final. A la escapatoria de los habitantes sigue la de las autoridades, ó mejor, ellos, con su ejemplo, cambiando de domicilio, estimulan la dispersión. Pero ¡fenómeno verdaderamente portentoso y creo que nuevo en los fastos de todas las epidemias amarillas! A muchas oficinas de *primo cartello* les nacen alas, y héteme aquí que las de la Aduana se encuentran en Badalona, las de la Junta de instrucción pública en Molins de Rey, la Audiencia en Manresa, las dependencias del gobierno civil en Sarriá, la Capitanía general en Valcarlos: el Banco, este con sus alas de oro, se va tambien con la música, digo, con la plata á otra parte, y á imitación suya un sinnúmero de despachos, de administraciones, de agencias, de escritorios, de depósitos de géneros, echan igualmente á volar.

Las alas habían nacido á todo el mundo. Cada par de piernas era una locomotora á toda velocidad. ¡Momento terrible de ansiedad y pavor! Dictábanse providencias; daban consejos las autoridades; ejercitábase la oratoria en cotidianas alocuciones; los médicos tomaban la pluma; llovían recetas; pululaban los preservativos contra la fiebre amarilla. ¡Vanos esfuerzos! el miedo tiene orejas de mercader. Cundía la alarma, arreciaba el espanto, por momentos iba engrosando el torrente de la dispersión.

En vista de tan gran trastego, yo me doy de cabezadas por las paredes. Me atrevo á levantar la voz, es decir, á tomar la pluma, y: «Señores, les digo, no correr tanto. En vez de dejar ustedes las comodidades de su casa, esponiéndose por esos mundos á mil tropiezos y zancadillas, ¡no valdria mas que nadie se moviera, y trasladar á la montaña todo el caserío de la condal ciudad con los 200,000 descendientes de los bizarros condes en peso! Pero ¡cál! nadie hace caso de mi plan el mas acertado y sencillo. Era predicar en desierto. Y

por otra parte, ¿de qué diablos sirviera engolfarse en la engorrosa operación de arrancar de cuajo y transferir al campo una ciudad, si la mayoría de sus habitantes, dándose á sí mismos el desahucio, la habían dejado á buenas noches?

(Se concluirá.)

BOSTEZOS.

El gobierno ha sostenido muy oportunamente la teoría de que la dotación del monarca y de su prole no debe tener importancia de ley.

Repetimos que el gobierno ha estado oportunísimo. La dotación real no puede conceptuarse de otro modo que una cosa transitoria, prendida al presupuesto con la espada de D. Juan Prim.

Además ¿quién podía dudar de que habiendo rey hablan de dársele esos millones?

Para el perdido que quisiera desempeñarlo gratuitamente...

El Sr. Echegaray ha dicho en plena cámara que hasta las ilegalidades son lícitas cuando se trata de salvar la patria. ¡Y el Sr. Echegaray es ministro!...

Decididamente la patria ha perdido el último de sus salvadores.

Se indica al diputado Sr. Alcalá Zamora para uno de los obispos vacantes.

¡Ay, olé!

Y pensar que el Sr. Obispo de la Seo de Urgel llamará querido hermano y venerable colega al Sr. Alcalá Zamora... Semejantes milagros no los realizan sino los derechos de curia eclesiástica.

¡A Tarragona, Sr. Alcalá, á Tarragona!

A cuatrocientas cuarenta y siete ascienden las marchas reales que han obtenido al concurso abierto por el regente del reino, y ninguna ha merecido los honores del premio.

Y muchos esclaman ¡qué músicos!

Cuando á nadie se le ocurre decir ¡qué tema!

Por todo lo cual, el jurado se inclina á que se adopte la marcha antigua.

¿Porqué no?

Y aun podría adoptarse á doña Isabel, familia y servidores.

La marcha antigua es prusiana...

Esto, esto... Un rey hulano que nos mueva á palos á los acordes sonos del regalo del conde de Aranda...

El Sr. Ruiz Zorrilla ha pillado la gran condecoración italiana.

El Sr. Rojo Arias ha pillado la turca.

El Sr. Rivero (aparte). Valiente cosa para el gobernador electo de Madrid. Yo era un simple director de la *Discusion* que ya me había acostumbrado á la idea de un Medgidié diario.

Siempre que la mayoría del Congreso es causa de alguna culebra parlamentaria, da la casualidad de aparecer en las cercanías algunos batallones de soldados.

¿Y qué?...

Como V. quiera. Un nuevo 36, y realmente se corona el edificio.

El Sr. Moret se ha denegado á rebajar el trimestre de contribución que reclamaban los barceloneses.

No es de extrañar, desde que se tenía acordado que D. Amadeo desembarcase en Cartagena.

A pesar de lo cual, entre rebaja y Amadeo ó contribución sin él, Barcelona se ha felicitado de lo último.

CHARADA.

Soy puerto en Cataluña conocido,
En Buenos Aires general odiado,
Bella flor con aroma delicado
Y orador español esclarecido.

GEROGLÍFICO.



Solucion á la charada del número 67.

CASACA.

Solucion del gero-glífico.

EL PÁNICO QUE REINA EN BARCELONA ES GRANDE.

FELICITACIONES.

AL FUTURO DUQUE DEL CAMELO.

¡Oh tú, notabilidad
de la *evolucion gloriosa*,
disfruta en paz con tu esposa
las Pascuas de Navidad.
Que esa nueva novedad
á la que adicto pareces,
te rinda fruto con creces,
y pues estado has tomado,
Prim, que tu golpe de estado,
te salga.... como mereces.

Á LAS CORTES.

¡Oh excelsa congregacion,
cuya inmensa mayoría
vive de noche y de dia
para, con y del turrón:
que tu empuje y tu tesón
te den pronto resultado:
que el Mago de Oriente alado
por fin en Madrid se meta,
y que traiga la maleta
llena del dulce anhelado.

AL REY.

¡Oh monarca original
del progreso y de la Porra!
que feliz tu nave corra
sin temor al temporal.
Pues la chusma federal
hace con sus dilaciones
que el pavo en tus posesiones
no puedas comer, me atrevo
á desear que en año nuevo
comas un par de.... cupones.

BARCELONA.—1870.

Imprenta de Luis Tasso, Arco del Teatro, núm. 21 y 22.



—¡Por Dios, D. Juan! Mire V. que si este mueble cae, nos descrisma.

—¡Que miedosos!... Mientras la punta de mi espada lo sostenga, no haya temor de que venga abajo.